

# JOAQUIN ROMERO MURUBE

## EN MI

### RECUERDO \*

*por RAFAEL MANZANO MARTOS*

Yo recuerdo a un Joaquín Romero cuyo encanto personal, —que era arroyador—, radicaba quizás en el misterioso juego de sus propias contradicciones.

Joaquín Romero Murube fue un gran conversador. Un hombre extravertido e ingenioso. Pero también era un hombre solitario, enristecido y a veces huraño. En cualquier caso, un hombre tremendamente silencioso. Yo, que he disfrutado de ratos luminosos en que el poeta hablaba en su mil claves secretas, pues utilizaba, según los días y las horas claves muy diversas, he gozado también de largos ratos de comfortable compañía pero en los que no hablaba ni escuchaba, en los que estaba como absorto en sus pensamientos o ensimismado en tristes presagios. Y sin embargo su ser sabía transmitir, sin hablar, sus contenidas emociones como si aquel silencio fuera capaz de modularse al conjuro de los otros sonidos, el agua de los saltadores, el aire de Sevilla, o las voces lejanas de la Ciudad, convirtiéndose en algo trascendente y poético. Precisamente él fué el definidor de ese especial silencio, «Silencios de Andalucía», silencios que yo he convivido largamente con Joaquín. Pero con ¿cual de ellos? Porque había uno y mil Joaquines Romeros... A veces era un Joaquín tierno, que te leía un poema de juventud en

---

\* Intervención de D. Rafael Manzano Martos en el acto en recuerdo a D. Joaquín Romero Murube el día 25 de Noviembre de 1994.

un libro viejo que dedicaba a continuación a mi entonces joven esposa y a mí, con un caligrama vertical que decía: «A mis niños, Rafael y Concha, de su fiel, Joaquín».

Otros días era el Joaquín irascible que yo he gozado y padecido también. Algunos días, ya en la portería del Alcázar, algún amigo común te lo advertía: «Hoy no está el horno para bollos...».

A veces, y al conjuro de un grupo de amigos que coincidíamos casualmente, brotaba aquel Joaquín dicharachero e ingenioso, que ponía una voz campanuda para definir «ex cátedra», cuando describía jocundamente a algún conciudadano en una breve pincelada donde se mezclaba el surrealismo con un toque impresionista en una síntesis genial no exenta de venenosa ironía: «Ahí ha venido a verte un mozalbete con cara de San Juan de Pueblo...» perfecta descripción de un, entonces joven estudiante de arquitectura, y hoy brillante arquitecto...

«¿Has visto, —predicaba de un importante prócer sevillano— qué cara tiene de Sagrado Corazón de Jesús de Olot?...»

No resisto la tentación de contar dos anécdotas que retratan su personalidad: conocí en una entrevista en el archivo del Alcázar, presentado por Joaquín Romero, al que sería uno de los grandes amigos de mi vida y compañero nuestro de tareas académicas, Florentino Pérez Embid. Recuerdo que en el curso de aquella conversación el recién designado Director General de Bellas Artes, se interesaba por la personalidad de Miguel Angel García Lomas, entonces Director General de Arquitectura, al que no conocía. Joaquín le dibujó de un sólo trazo: ¿Te acuerdas, Florentino, del oso que se comió a Don Favila?...

Es imposible sintetizar con mayor galanura el aspecto físico y político de aquel gran arquitecto asturiano.

Al día siguiente de celebrarse la clausura del Congreso Eucarístico de Sevilla de 1968, aparecía por su despacho el Marqués de Huetor de Santillán, entonces Jefe de la Casa Civil del Jefe del Estado.

La víspera había regresado tarde y con alguna copa de más a la bella casa sevillana que poseía en la Plaza de D<sup>a</sup>. Elvira. Había pasado una mala noche en un banco de la plaza porque su esposa, D<sup>a</sup> Pura de Hoces le había negado la entrada a tan altas horas, y como no encontró plaza en ningún hotel, tuvo que pernoctar en la plaza al pie de su casa. Después de contarnos la tragedia y apostrofar a su santa mujer, subió a cumplimentar al Jefe del Estado, mientras Joaquín me comentaba: «Este Ramón Huetor no es el Jefe de la Casa

Civil de Su Excelencia en verdad es el Jefe de la Casa Militar de doña Pura...»

Luego, venía la risa, porque con Joaquín podías llegar a llorar por una reprimenda injusta o reírte largamente en una regocijada mañana. Así era el poeta.

Nadie lo pudo definir mejor que Paul Morand, otro surrealista como él, uno de tantos escritores y poetas que adoraron a Joaquín en España y fuera de ella, y que supieron gozarse en su irrepetible identidad poética.

«Joaquín:

Tu ne ressembles à personne.

Ton beau visage d'andalou desesperé.

l'elegance de ta démarche, ton ironie

seigneuriale, ta ferocité si fraîche,

tes silences postaux, ton stendhalisme...»

¡Ay Joaquín: Bello rostro de andaluz desesperado!,

¡tu no eras un ser humano! ¡tu ironía señorial!, ¡tú ferocidad sin límites!, tus silencios postales, tu stendalismo...

Hasta su hilo directo con los poderosos de Madrid... no dejaba de sorprender al gran escritor francés que no entendía como podía consiliarse tan liberal personaje con su enlace funcionaril con las más altas jerarquías de la dictadura. Pero yo creo que todo era parte de su surrealismo vital que hacía de él, al margen de la belleza y calidad de su obra literaria el más genuino mito poético de la lírica andaluza.

Nadie como él ha encarnado jamás, ni siquiera el propio Manuel Machado, esa vivencia poética andaluza del «alma de nardo de árabe español», ni ese «elegante desasimiento bético», que dijo de él Emilio García Gómez.

Desde la propia eufonía de su apellido, —«Joaquín, Romero, Murube», es ya un nombre rimado— hasta el propio marco poético del Alcázar, pudieron contribuir a modelar su arquetipo, y su mito humano.

Y es que a Joaquín podríamos definirlo con el título de sus libros que eran escorzos vivos de su propia personalidad. Porque él es el Conde Laurel de sus tristezas, y es el amante puro, —«Sombra Apasionada»—, de aquella «Canción del Amante Andaluz», que vivió su juventud en un «Jardín Enamorado».

Joaquín fué además un cantor de la tierra. Porque fué amante por encima de todo de su marco vital. Poeta de la tierra, «Tierra y Canción». Una tierra que va desde los Palacios, su pueblo natal hasta el

mar gaditano, pasando siempre por Sevilla. Esas playas de Baelo Claudia fueron un lugar querido del poeta, enamorado junto al mar.

De su pueblo, Los Palacios, «Pueblo lejano», supo amar en fidelidad eterna, su huerto familiar, el país, el campo, las horas, sus gentes, su sabiduría popular, sus pájaros, sus caballos, su proximidad, su lejanía. Poeta bético, poeta de ese marco andaluz que riega el Guadalquivir, sus divagaciones andaluzas tendrán ese marco geográfico que enlaza el gran río entre Córdoba y Sevilla. También Córdoba, la gran sultana, «Córdoba y la arquitectura», ¡eterna Córdoba!

¡Y la arquitectura! Joaquín fué peculiarísimo e intuitivo arquitecto, un lírico de la arquitectura, que supo plasmar en esa inquebrantable unidad poética de la arquitectura mediterránea y andaluza que es la conjunción del espacio cubierto y del jardín. La sala abierta al patio ajardinado se llamó en la antigüedad «iwan» o «diwan», término que también sirvió para designar una antología de *qasidas* poéticas. En Joaquín es difícil saber donde empieza y termina el jardinero, el arquitecto o el poeta. Y será también poeta de la arquitectura y de la propia urbanística de la Ciudad, de su Ciudad, Sevilla, a la que canta en el recuerdo y en el olvido —quizá más poético que el propio recuerdo—, con el perfume del «amante en la madrugada» o con las luces decaídas de la «*qasida* del atardecer». De la ciudad capta desde los «perfumes» de los barrios, hasta el «patio lejano», donde cantar la *qasida* vieja de la «albahaca». Intuye el misterio de las clausuras donde las monjas andaluzas bailan sevillanas y cantan seguidillas en días feriados —«seguidillas de monjas»— escena que el poeta pudo ver con sus propios ojos en un convento sevillano en obsequio del General Franco...

El poeta era arbitrario, y a veces mentiroso. Esto lo contaba siempre otro amigo del alma recientemente desaparecido, Alfredo Alvarez Pickman, que fué compañero de aventuras amorosas y poéticas de Joaquín: «¿Tu te has fijado, que mendaz es el poeta?» Siempre cita el testimonio de gente muerta...» No lo sé, pero en cualquier caso la mentirilla piadosa o poética, mereció ya en su juventud un título irrepetible: «Discurso de la mentira», 1943.

Hay una crisis personal hacia 1948. Esa crisis tiene un título: «Ya es tarde...» Ese año de 1948 es el año final del Joaquín como poeta rimado, y el inicio de la plenitud de su prosa poética. Joaquín fué ya un excelente prosista en su juventud, pero su madurez literaria plena es en prosa. Y perdónenme los poetas mi debilidad personal por la prosa de Joaquín. Me dan igual prosa que poesía, porque en Joaquín

todo resuma lírica. Y tanto más cuando canta a lo más pequeño. Y su prosa me parece una forma de poesía más actual, más auténtica y más pura.

Hacia el 64, hay otra crisis final. Es la vejez, la soledad, el recuerdo, la nostalgia.

Joaquín siempre me decía que él no se sentía maduro, que no había tenido hijos porque no los había tenido,—¡tan sólo una paternidad frustrada en su juventud—! pero porque además él carecía de madurez para tener hijos. Quizás eso convirtió su vida en sacerdocio poético, lejos de problemas económicos y familiares que perturbaran el hilo de otra vida más trascendente.

En su surrealismo el fué un hombre profundamente pagano, como correspondía a su irrenunciable romanidad, pero en su fe profundamente cristiano como correspondía a su sevillanía. Cofrade profundo, a la andaluza, que ve a «*Dios en la Ciudad*», reencarnado en sus imágenes procesionales, y a María en la «*Soledad*» de San Lorenzo.

Esta crisis final le hace volver a una piedad intimista cargada de la esperanza de su «*Resurrexit*». Pero es tiempo también de tristeza y de soledad. Es la pérdida de los amigos, casi todos en el dorado exilio madrileño, y de pérdida y destrucción de la ciudad, su gran amada. Amada en su aire, en el repique de sus campanas, en sus olores, y en sus sonidos, pero sobre todo en sus calles, en sus arquitecturas, en sus patios y en sus jardines.

Joaquín va a asistir impotente a la destrucción de la ciudad con la doble amargura de ostentar un cargo público, el de Comisario del Patrimonio Artístico, que le convertía en defensor oficial de aquella riqueza artística expoliada.

Poco podría el poeta frente a los «poderes fácticos» del momento, poco podía hacer Joaquín, salvo llorar su pérdida en tonos elegíacos.

El cambio generacional, el cambio de escala de su ciudad, Sevilla, todo, resultaba extraño al poeta, reducido a las murallas de su poético Alcázar. Cada día salía menos y la ciudad le resultaba hostil. Esta es la angustia que percibimos en su obra «*Los cielos que perdimos*», que es al mismo tiempo un resumen de su existencia, donde recae en temas lejanos y... nostálgicos, y en las tristes premoniciones del final... «*Una Sevilla amarga*», «*Elegía de la angustiada Soledad...*» «*Responso difícil por un poeta sevillano*», «*Tiempo perdido*», o «*Tiempo de Dios*», exaltación poética de la saeta como oración andaluza... Estos son los epígrafes, sobradamente significativos.

Junto a la nostalgia, Joaquín, quizá por la edad, se hace académico. Joaquín Romero Murube, como yo, fue miembro electo de las dos Reales Academias que hoy celebran su memoria.

Pero, también como yo, tardó bastante tiempo en tomar posesión de la plaza correspondiente. Tanto tiempo, que sólo llegó a leer su discurso en la de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría. Es curioso que él, literato profesional, se inclinara más hacia la que lo elegía como arquitecto aficionado y amante de las artes sevillanas. Quizá lo contrario de lo que me sucedió a mí que, «profesional de la arquitectura» fuí acogido más tempranamente en esta casa a la que vine traído por vuestra amistad más que por mis modestas aficiones literarias. En Buenas Letras tuvo algún encuentro difícil con su director, Don José Sebastián y Bandarán, y yo confieso que me estrellé queriendo hacer buenos oficios para reconciliarlos: ¿»Que tiene que decir semejante momia eclesiástica...?»

Pero, como les decía, el irredento poeta se hizo académico e incluso historiador en su discurso de ingreso en aquella academia: Es su Francisco de Bruna y Ahumada, (1965) que le obligó a revisar archivos y viejos códices para perfilar la figura del gran patricio sevillano y alcaide de los Reales Alcázares, encuadrada en la Sevilla del Siglo dieciocho, y en el marco ilustrado de la época, donde Olavide o Jovellanos, en su tertulia alcazareña, conformaron una brillante avanzada ideológica que tuvo su contrapeso y equilibrio en el pensamiento tradicional y equilibrado de Bruna. Una investigación historiográfica que le llevó a recorrer los caminos de Bruna en su juventud, por tierras cordobesas hasta su Lucena natal.

Aquel articulillo de prensa, aparecido bajo el título de «El Potaje de Lucena», recogido luego en alguna antología, es, en su modestia, una obra cumbre de prosa y costumbrismo de la mejor escuela andaluza.

No quiero recordar hoy la muerte del poeta. Lo hice hace unos días en el Alcázar, en el marco de su vida y de su muerte, y la emoción me quebró la voz.

He preferido recordarlo hoy vivo, en su ambiente, con sus virtudes y defectos; con su gracia, con su ironía, cual lo recuerdo, con imágenes mezcladas y desordenadas en mi cerebro que no he sabido ni querido ordenar, por lo cual, todo os podrá parecer más surrealista, como lo fue aquel inolvidable poeta de Sevilla.